

Santa Teresa y los Agustinos/as (I)

RESUMEN

La Santa Teresa del P. Bonifacio Moral. Origen de la Santa, su entrada en las Agustinas de Ávila y su conversión leyendo las Confesiones de S. Agustín. Su Vida espiritual, la Reforma del Carmelo y S. Pedro de Alcántara. La fundación de S. José, el gran alboroto de Ávila, y la defensa del P. Báñez O.P. El fraile y medio de la Reforma Carmelitana. Las fundaciones de Medina, Valladolid y muchas más. Priora de la Encarnación: paz de la Virgen y Desposorio Espiritual. Peticiones al Rey y desavenencias entre Calzados y Descalzos. El cardenal Quiroga elogia el libro de su Vida. Muere su hermano Lorenzo. Ejemplar muerte de la Santa: Sus virtudes, milagros y Canonización. Fr. Luis de León primer editor de sus Obras y su gran apologista. El P. Cámara impulsor de la construcción de la Basílica de Alba dedicada a la Santa y su fervor Teresiano.

PALABRAS CLAVE: Vida, Obras, Fundaciones, Reforma del Carmelo y Canonización.

ABSTRACT

St. Therese by Fr. Bonifatius Moral. The origin of the Saint, her entry to the Augustinian monastery of Avila and her conversion reading the *Confessions* of St. Augustine. Her spiritual life, the Carmelite Reform and St. Peter of Alcántara. The foundation of St. Joseph, Ávila's great uproar, and the defense by Fr. Báñez O.P. The one friar and a half of the Carmelite Reform. The foundations of Medina, Valladolid and many others. The Prioress of the Incarnation monastery, the peace of the Virgin Mary and the promise of spiritual marriage. Cardinal Quiroga praises the book of her life. The death of her brother Lorenzo. Exemplary death of the Saint: Her virtues, miracles and canonization. Fray Luis de León, first editor of his works and his great apologist. Fr. Cámara, promoter of the construction of the Basilica of Alba dedicated to the Saint and his *teresian* fervor.

KEYWORDS: Life, Works, Foundations, Carmelite Reform and Canonization.

1. LA SANTA TERESA DEL P. BONIFACIO MORAL

Introducción.- Este Padre ganó el primer premio del Centenario de 1882 con una: *Vida de Santa Teresa de Jesús, para uso del pueblo*, del P. Fr. Bonifacio Moral, del Colegio de los Agustinos Filipinos de Valladolid. Dedicada al glorioso Patriarca San José. Obra laureada con el primer premio en el Certamen celebrado en Salamanca, con motivo del tercer centenario de la Mística Doctora. Aquí utilizamos la 2ª edición, corregida y aumentada, ilustrada con láminas. Editada en L. Miñón, Valladolid 1890. Este libro ¹ lo citamos aquí con la letra: T.

El P. Bonifacio Moral fue el primer Provincial de la Provincia Agustiniense Matritense, del Sagrado Corazón de Jesús, llamada ordinariamente Provincia Matritense o de El Escorial, fundada en 1895. Desde el principio, comenzó a publicar en la *Revista Agustiniense*, luego llamada *La Ciudad de Dios*, y ahora: *La Ciudad de Dios. Revista Agustiniense*, un *Catálogo de escritores agustinos españoles, portugueses y americanos*, que amplió con varios volúmenes el P. Gregorio de Santiago Vela y continuaron en siglo XX el P. Isacio Rodríguez y Jesús Álvarez, y, en el XXI, Rafael Lazcano con su *Tesoro Agustiniense*.

1.1. Vida y origen de la Santa

Esta Vida de la Santa refleja muy bien tanto sus orígenes familiares como sus grandes valedores, léase S. Pedro de Alcántara, S. Juan de Ávila, S. Juan de la Cruz, el P. Báñez, y el P. Gracián, y sus confesores, o Julián de Ávila, antes de llegar a las grandes jerarquías y poderes terrenales como el rey Felipe II. También expone muy bien el P. Moral la gran experiencia religiosa y mística de la Santa y sus Escritos así como su gran obra de las Fundaciones sin olvidar sus milagros en vida y post mortem. El P. B. Moral corrige el libro premiado y lo reedita en 1884. Pero, esta edición se agota, y por eso decide hacer

1 MORAL, P. B., *Vida de Santa Teresa de Jesús, para uso del pueblo*, L. Miñón, Valladolid 1890, 546 pp. Para actualizar algunos temas tratados por el P. Moral se leerán con mucho provecho los estudios publicados, durante el último Centenario de la Santa, por la revista *La Ciudad de Dios* 228 (2015) 5-736, como los de T. Viñas, M. S. Tapia, M. G. Velasco, M. Ofilada o S. Ros.

una nueva en 1890 que incorpora algunos grabados relativos a la vida de la Santa: T II. Tiene también en cuenta el P. Moral las biografías de Rivera, Ilmo. Yepes y los escritos de Julián de Ávila, así como las obras de Francisco de Santa María, Antonio de S. Joaquín, hermano del P. Flórez, Ángel Manrique, Muñoz y Garnica, Josepho Vandermöre, y las Ediciones de las Obras de la Santa, de Madrid 1851, y la de Rivadeneyra, ilustrada por Vicente de Fuente: TII, nota 1. El P. Moral quiere contar sencillamente la vida de la Santa y su grandiosa obra de la Reforma Carmelitana: TIII. Divide la obra en tres libros con un breve Prólogo. I.- Desde el nacimiento de la Santa a la fundación de S. José y comienzo de las Fundaciones, con su inclinación a la virtud y a la Reforma: 1-156. II.- Las Fundaciones y la Reforma de los Carmelitas Descalzos: T159-422. III.- Muerte de la Santa y varios milagros, su Beatificación y Canonización. Los escritos de la Santa: Libro de la Vida, Camino de Perfección, Conceptos del Amor de Dios y Exclamaciones, Castillo Interior, Las Fundaciones, Cartas y Poesías. Edición de sus Obras por Fr. Luis de León. Y, simpatías de la Santa en España: T423-545.

1.2. La Familia de la Santa y sus primeros pasos en la Vida humana y espiritual

Al nacimiento de la Santa, en el siglo XVI, se divide Europa por el luteranismo y España defiende el catolicismo con grandes Santos y buenos Reyes: T2. Su padre D. Alonso Sánchez de Cepeda, casado primero con Catalina del Peso y Henao, tuvo 3 hijos: Juan Vázquez de Cepeda. Otro hermano varón, de nombre desconocido, y María de Cepeda. Y con la segunda mujer, Beatriz Dávila y Ahumada, tuvo a: Hernando de Ahumada que vivió la conquista de Perú, Rodrigo de Cepeda, el querido compañero de aventuras, que murió en la toma del río de la Plata, Lorenzo de Cepeda el “tesorero de la provincia de Quito”², Antonio de Ahumada O.P. de santo Tomás de Ávila, Pedro

2 Sobre Lorenzo de Cepeda y los hermanos de la Santa en América uno de los mejores especialistas o el mejor es el P. Félix Carmona: “Presencia de Santa Teresa de Jesús en Quito. Llegó con sus hermanos y sus hijas espirituales las carmelitas”, *La Ciudad de Dios* 228 (2015) 675-708. Él vivió allí como superior Provincial y religioso colaborador varios años. Conoció bien las vidas de los

de Ahumada, famoso en “las conquistas de América”, Jerónimo de Cepeda que murió en la conquista de Perú, Agustín de Ahumada, capitán en Chile, y Juana de Ahumada “la última de los hermanos de la Santa”: T2-3, n.1. Y, Teresa de Cepeda que nació el 28.3.1515.

Su padre y su madre eran muy piadosos y buenos lectores cosas que hereda la Santa: T3. D. Alonso era de mucha caridad con los pobres y bueno con los criados, nunca sufrió tratarlos como esclavos, dice la Santa. Dña. Beatriz mujer de “muchas virtudes”, que Dios probó con “penosísimas enfermedades”, pero le dio una hija Santa que con su hermano Rodrigo quería imitar a los mártires y ganar el cielo “*para siempre*”: T4-5. Luego comenzaron a imitar la “vida de ermitaños” y Teresa soñaba en construir conventos e invitar a ellos a sus amigos. La Santa rezaba el rosario, atendía a los pobres, y pedía al Señor le diese su *agua viva*: T6. A los 12 años pierde a su madre, y le pide a la Virgen que la sustituya, siendo para siempre su “amparo y defensa”: T7. Aquí no entramos a discutir el origen geográfico de la Santa, de parte de la familia de los Cepeda. Para eso puede verse ³.

Muy pronto se aficionó Teresa a los libros de “caballerías” y lecturas novelescas, que también hacía su madre, al punto que ella mismo con Rodrigo “escribió un libro de caballerías con harta elegancia y sutileza”. Además, “abrió los ojos al mundo”, cuidando de “manos y cabellos y olores y todas las vanidades que en esto podía tener una doncella curiosa y amiga de bien parecer”: T9. Además, tenía unos primos hermanos que le tenían mucha afición y amor. Y, especialmente, una joven parienta “de tan livianos pensamientos” que ya su madre quiso apartarla de su compañía pero ni ella ni su padre lo consiguieron por su relación familiar. Fue gran peligro para la Santa por sus lecturas y trato con “una compañera nada recatada”: T10. El temor de

hermanos de la Santa, e incluso la hacienda de Lorenzo, a cuyo ejemplo, compró la del sur de Ávila que aún existe. Sobre este último tema puede verse el libro de Antonio Natal citado en la nota siguiente (3), pp.219-226: “Los papeles de la Serna y el entorno familiar de Santa Teresa”.

3 NATAL ÁLVAREZ, A., *Teresa de Cepeda. Realidad y Leyenda*, Orbigraf, Requejo de la Vega (León) 2017, 235 pp. Y DOMÍNGUEZ PÉREZ, M. Á., *Las raíces leonesas de Santa Teresa de Jesús en Quintana del Castillo*, Didot, Tres Cantos, Madrid 2019, 118 pp. Las Obras de la Santa aquí se citan con estas siglas: V: Vida, C: Cartas, F: Fundaciones, M: Moradas.

Dios y su amor “mayor de la honra” hicieron que no la perdiera con las advertencias de su padre y de hermana mayor: María de Cepeda. Confiesa la Santa que “de natural y alma virtuosos no me dejó casi ninguno”. Luego la Santa se espanta del “daño que hace una mala compañía” y “el gran provecho que hace la buena”: T11.

1.3. La llegada de la Santa a las Agustinas de Ávila

Ante esta situación, su padre, al haberse casado su hija mayor Doña María, decidió “llevarla al observantísimo monasterio de agustinas de Ntra. Sra., de Gracia, donde se criaban y educaban doncellas seglares de las más distinguidas familias de Ávila”: T12. Se cuenta que, estando en oración las religiosas, una luz fue hacia la Madre Briceño, “maestra de educandas seglares”, como señal de que con su consejos iba a “trocar en mejor el corazón de la doncella Teresa”⁴. Siendo ella muy celosa de su honra, dice el P. Moral, y “su natural tan dócil y bien inclinado”, a pesar de la durísima que fue la separación de su padre, como nos cuenta ella en el libro de su *Vida*, “al cabo de ocho días, hallábase ya más contenta y sin pesadumbre en el monasterio que si estuviera en casa de su padre”: T13. Y, como era tan naturalmente simpática y amorosa, que donde quiera se encontraba “había de dar contento” pues un gran don que le dio el Señor fue el de “hacerse querer y estimar de cuantos con ella trataban”: T13. La Madre Briceño las exhortaba en el amor a la virtud y odio al vicio, y les contó cómo ella vino a ser monja al leer lo que dice el Evangelio: *que muchos son los llamados y pocos los escogidos*, y el gran premio que da el Señor “a los que todo lo dejan por mejor servirle”: T14-15. Así, su vida fue mejorando aunque “todavía estaba muy lejos de considerarse feliz con la vocación religiosa”, a pesar del buen ejemplo recibido de las religiosas, pero cambiaron el curso de su corazón “dirigiéndole hacia lo eterno y celestial”: T15.

Con todo, serán las cartas de san Jerónimo las que la decidan “por la vida del claustro”, y su gran amiga Juana Juárez la que atrae “el sim-

4 Sobre la llegada de Teresa convento de Agustinas de Gracia y su mística vital puede verse: RODRÍGUEZ, L., “La mística judía y la madre Teresa de Jesús”, *Estudio Agustiniiano* 16 (1981) 469-481.

pático corazón de la Santa” hacia el monasterio de la *Encarnación* de Carmelitas de Ávila: T18. El sentimiento de D. Alonso fue tremendo. Decía que “después de muerto, podía Teresa obrar como quisiera”: T18. Pero, la Santa persuadió a su hermano Antonio, y aprovechando una ausencia de su buen padre, ella ingresó en la Encarnación y él en los Dominicos de santo Tomás de Ávila: T19. Lo que sintió al abandonar la casa paterna nos lo expresa muy bien la Santa misma: “*cuando salí de en casa de mi padre, no creo sea más el sentimiento cuando me muera*”, pero el Señor le dio fuerzas: “*aquí me dio ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra*” (V: IV, 1): T19. Y, D. Alonso aceptó “vivir sin su amada Teresa”: T19. Y, ella, tomado el hábito tuvo tan gran alegría que no cambiaría aquel su estado por “los más envidiados del mundo”: T20. Pues encontró “gran deleite en todas las cosas de religión” y hacía con gusto “el oficio de barrendera y otros” viéndose libre de las vanidades del mundo. Se entregó de lleno a Dios en el Noviciado y le pidió enfermedades, que no le faltarán en su vida, “graves y en extremo penosas”: “desmayos”, “perlesía” y “mal de corazón”, de modo que D. Alonso determinó llevarla a una curandera que había en Bezadas: T22-23. Este pueblo está cerca de Castellanos de la Cañada y la Santa pasa unos días en casa de un tío suyo de Ortigosa, que le dio a leer la: *Tercera parte del Abecedario, de Osuna*: T23-24. Ella lo tomó por “maestro y guía” de oración llegando a tener oración de “quietud” y “unión”, aunque aún no sabía bien lo que eso era, sino que “traía el mundo debajo de sus pies” y se compadecía de los que lo “seguían aunque fuese en cosas lícitas”: T24. La cura fue muy dura, “como si con dientes agudos la tirasen del corazón”, de modo que “llegaron a temer no fuese rabia”: T25. Como no podía comer, sino beber, estaba muy gastada y “me comenzaron a encoger los nervios con dolor tan incomfortables”, “que ni día, ni noche” tenía sosiego, y “una tristeza muy profunda”: T25. Comenzó confesarse con un clérigo, al que tomó mucho cariño, y éste le confesó la “perdición en que se encontraba”. La Santa pidió la Virgen le librase de aquel mal, y así lo hizo, y, luego, murió encaminado al cielo: T26. Sus grandes enfermedades siguieron y ahora la declararon “estar tísica”, aunque de “esto último hacía la enferma poco aprecio”: T26. Pero siguieron los grandes dolores que la Santa trataba con el remedio de Job: *Si recibimos de Dios los bienes: “¿por qué no sufriremos los males?”*. Y se acordaba de sus peticio-

nes, de Novicia, de enfermedades que Dios le enviase, y “se resignaba con su divina voluntad”: T27. Así, en nuestra Señora de Agosto le da un “parasismo” que la deja por muerta y prepararon su sepultura, D. Alonso muy triste por no haberla dejado confesar como hoy hacen algunas familias sin buen sentido cristiano: T28. Al cabo de “cuatro días, volvió la Santa en sí”, como si despertase de un “dulce sueño”, y tras un rato “recobró del todo los sentidos”: T29. Estando la enferma, velada por Lorenzo, una vela dejada encendida por descuido casi la abrasa pero el Señor la socorrió por “la diligencia de D. Lorenzo”: T 30. Pero, así, quedaba la lengua mordida, la garganta de no pasar nada, toda descoyuntada y hecha un ovillo sin poderse mover: T31. Estaba en los huesos y no se podía valer en 8 meses. Cuando no arreciaba el dolor, oraba y leía libros y practicaba algunas de sus mejores virtudes: No murmurar ni permitirlo a otras, soledad y recogimiento, confesar y comulgar a menudo, sentir toda ofensa a Dios, hablar de cosas espirituales más que los mundanos de las suyas, y en contacto dulce con Dios: T32.

Como la enfermedad le impedía el sosiego para tratar con Dios “comenzó a tener algunas devociones”, en especial a S. José, que le escuchó, y “al cabo de tres años de tullida, pudo al fin levantarse y verse sana”: T33. Así, le tuvo siempre gran devoción e invita a tenerla a todos, pues, como dice la Santa, “por los bienes que alcanza de Dios”, se aprovecha “en la virtud”: T34. Cada petición la alcanza, la endereza para el bien si va algo torcida, así que lo pruebe, quién no lo crea, porque este santo “socorre en todas” las necesidades y es espejo de padecimiento y virtudes como dice la V. Agreda en su *Mística Ciudad de Dios*. Curada Teresa, se entrega a Dios pero no le faltan debilidades para acrisolar su virtud con “profundas raíces en la humildad”: T35. Así, se aficionó demasiado al locutorio y a los confesores blandos que no advertían los peligros: T36. Entonces, va dejando la Santa la oración mental, por falsa humildad, contentándose con guardar “la ley de Dios y los votos”: T37. Pero, abstenerse de la oración es como estar enfermo y huir del médico, “sin que el Señor dejara de avisarle amorosamente”, incluso con una visión de Cristo atado a la columna, pero pronto se desmintió “a sí misma” y volvió a “las conversaciones de su gusto”: T38. Con todo, el Señor con visiones y avisos apropiados le fue sacando de situación, sin que hubiese culpa mortal, aunque nos pon-

dere sus culpas, porque también vemos “las virtudes que practicaba cuando anduvo más distraída y derramada”: T 39. Cuando dijo a su padre que había dejado la oración “hubo lástima de ella, aunque más la tuvo Dios, dando trazas para que de nuevo retornase a la oración”: T40. Entonces, enfermó D. Alonso y la Santa salió a cuidar a su padre pagando así sus grandes desvelos por ella, pues, murió y “quedó como un ángel”, asistido por el P. Varrón que confesó también a la Santa: T41-2. Entonces, “volvió a la abandonada oración”, que le costaba más que cualquier penitencia, pero el Señor le dio ánimo “harto más que de mujer” para volver “al trato con Dios”: T43. Pasó así muchos años, entre Dios y el mundo, como en “traición al rey, y saber que lo sabe”, entre la dulzura de Dios y del mundo, como describe, el Mtro. León, y sin “gozar bien de ninguno”: T44-45. Pero, como dice la Santa: “Con regalos grandes castigábadis mis delitos”: T46. Y, verme recibir más mercedes “pagando mal las recibidas”, era “un tormento terrible”, que saben bien los que conoce el “amor de Dios”, pues ella se ve ante su Majestad como “la más flaca y ruin de los nacidos”, iluminada “por la luz del cielo”, con su dulzura y amor. Y, esto era lo que “martirizaba su delicadísimo y agradecido corazón, pues como ella solía decir: ¿yo soy de mi condición muy agradecida”: T47-48. Y, así, después de estos años, ante una imagen de Cristo Redentor, con sus “heridas y llagas”, “ardiendo en amor, y hecha un río de lágrimas” abrió su corazón al Señor y cual otra Magdalena “de allí salió, muy otra renovada y fortalecida en el espíritu”: T50.

1.4. La conversión de la Santa leyendo las Confesiones de S. Agustín y su vida espiritual

Después de esta contemplación de Cristo, “herido y llagado”, dispuso el Señor que llegasen a sus manos las *Confesiones* de S. Agustín. Este fue el último golpe de gracia a sus flaquezas: “quedando el alma tan aprovechada y señora de sí misma, que no se conocía”. Veamos cómo nos lo cuenta la Santa: “Yo, dice, soy muy aficionada a San Agustín, porque el monasterio a donde estuve de seglar era de su Orden, y también por haber sido pecador, que de los santos, que después de serlo el Señor tornó a sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda... Como comencé a leer las *Confesiones*,

paréceme me veía yo allí; comencé a encomendarme mucho a este glorioso santo. Cuando llegué a su conversión, y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mi misma (sic) con gran aflicción y fatiga...Sea Dios alabado, que me dio vida para salir de muerte tan mortal: paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oír mis clamores, y haber lástima de tantas lágrimas”: T50-51. Y, así, oraba a la Virgen y s. José y a los santos pecadores convertidos para pedir al “Dios misericordioso” que hiciera de ella “lo que fuese más de su agrado”: T51. De todo se valía para vivir el amor divino, de las maravillas de la creación y de la oración. Y, se extrañaba del desprecio a las imágenes religiosas “por no ir contra el *buen gusto* de la sociedad” sin amor de Dios como se hace por los amigos: T52-3.

Entonces comenzó el Señor a regalarla con “ternura y devoción que le dilataban el alma”, con la Humanidad de Cristo y su amor y la presencia viva de Dios que daba a la Santa gran quietud “paz y gozo muy regalado”, como pastorcillo que pasara de su “cabaña a suntuoso palacio” y quedaba como embobada, “abrazada a su amado”: T55. Esto le creó gran temor que fuese engaño, pero Fr. Luis nos dice que lo permitió Dios para: “cuidado en su vida y en la pureza de su alma”, y tratar con “hombre doctos y espirituales” y manifestar a la gente el gran tesoro de la Santa: T 56. Así, por medio de Salcedo va a G. de Daza que le quiso llevar “como a fuerte”, pero Salcedo le dice que lo haría “Dios con suavidad y grados”: T57. Salcedo le invita a la precaución, lo consulta con Daza y ambos creen que “era cosa del demonio”, pero que, no obstante, lo consultase con un P. de la Compañía: T58-59. Se basaban en las imperfecciones de Teresa y que a otras personas devotas Dios no concedió tanto. Pero, ella, antes, leyó un libro que decía: los que aman a Dios no serán engañados. Con todo, ellos sospechaban de la quietud del entendimiento: T60. Luego hizo confesión general con un P. de la Compañía, como quería Salcedo, que le dio mucho ánimo, aunque “no iba bien fundada”, que insistiese en la Humanidad de Cristo y resistiese a “gustos y regalos hasta que la ordenara otra cosa”: T61. Así, la llevaba “por el suave camino del amor”, sin apretarla en cosillas. Entonces llegó Francisco de Borja que vio los caminos de Teresa “muy derechos y acertados” y le dijo

que “no resistiese ya a los vuelos del espíritu”. El progreso de “Teresa fue notabilísimo”. Tan bien aconsejada, hizo mucha penitencia y mortificación en cilicios y disciplinas. Y, con la memoria, de Cristo en la cruz, padecer “le parecía nada” y le avivaba “la llama del amor divino”: T62.

En este momento, tiene que cambiar de confesor por destino del P. Prádanos y queda muy “desconsolada”, “como en un desierto”. Pero, entonces conoce a Dña. Guiomar de Ulloa que le aconseja un P. de la Compañía. Éste le sugiere que rece el *Veni Creator* para discernir sus amistades que le parecían buenas por agradecidas. Pero el Señor le sacó de sí para pasar de “*conversaciones con hombres*” a otras “*con ángeles*”. Así, nos dice Fr. Luis que: Dios “le borró del alma todas las aficiones del mundo”, aunque parecía imposible: T64. Y, comenzó a tener por “extrañas de sí todas las cosas que no eran de Dios”, y se fue con el Esposo “a la soledad de los campos”, “haciéndola él compañía bienaventurada y dulcísima”:T65. Ahora, le hablaba Dios, de tal forma que la dejaba “quieta y sosegada” y llena de “ímpetus amorosos”, mientras lo que es del demonio deja “el espíritu desabrido y alborotado”. Pero, el P. Baltasar Álvarez y otros varios letrados convinieron en que “era demonio” y le aconsejan comulgar menos y distraerse más: T66. Entonces, surge una “gritería en el monasterio, diciendo que se hacía la santa”, muchos le tildaron de “falsaria- visionaria” y le dicen que se guarde mucho del demonio. Pero, “el confesor no la desamparó” y le decía que “no ofendiendo al Señor, ningún daño le podía venir”: T67. Dos años estuvo en esta fatiga. Pero un día, al cabo de horas de “angustia mortal”, el Señor le dijo: “*no te desampararé; no temas*”. Y, así “huyó al punto el temor” y quedó sosegada con Dios “quién tan amorosamente le hablaba”: T 68. Luego, desafiaba al demonio con la cruz y no le tenía “más miedo a que si fuesen moscas”. Pero, se encomendaba a muchos santos por no contradecir a su confesor, y cuando no se retiraba a solas a tener oración, como le había aconsejado, venía Dios mismo a buscarla y “hablar con ella en la claustra”: T69. Además, cuando le retiraron los libros que tenía en romance, estando “en este desconsuelo díjole el Señor: *No tengas pena, que yo te daré libro vivo*”. Luego, vio que Jesucristo “diósele en libro abierto”, y en él aprendió “más que en todos los libros del mundo”, pues le parecía que “siempre andaba a su lado”: T70. Era una visión “puramente intelectual”, sin

imágenes, en la que aprende “altísimas verdades, y queda deshecha en amor”, pues luego, le muestra las manos y su Humanidad Sacratísima, hermosura resucitada o llagas, “causándole tan gran deleite, que no se puede explicar”: T71. Así, a pesar de las dudas de algunos, el Señor la regalaba con tales joyas de virtudes y la llevaba de ser “ruin, honrosa, y amiga de pasatiempos”, a sentirse “animosa para el bien y despreciadora de las cosas del mundo y aún de sí misma”: T73.

El P. Baltasar la animaba sin cesar, aunque muchos la acusaban de “poca humildad, y que se tenía por sabia”. Esta “contradicción de buenos a una mujercilla ruin y flaca como yo”, aun “con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es éste de los mayores”: (V: 28,13). Esto mismo decía s. Pedro de Alcántara. Un Jesuita que la confesó le dijo que todo era demonio, y debía santiguarse y darle higas, lo que le causaba “grandísima pena, porque no podía dudar ser Dios el que se le mostraba”: T76. Ella se acordaba de las burlas de la Pasión, pero el Señor le dijo que no tuviese pena, pues “le era gratisimo su obedecer”. Pero, cuando le quitaron la oración, el Señor le dijo que “aquello ya era tiranía, y así se lo dijese a los que tal la ordenaban”. Para no santiguarse tantas veces, traía una cruz que el Señor transformó con piedras preciosas “con las llagas de Cristo impresas de muy linda hechura”, que recogió para sí, con disimulo, su hermana Juana y, por ella, el Señor obró milagros: T77. Esta situación le encendió de tal modo el amor de Dios, que algunas veces sintió “como un Serafín le hería con dardo encendido hasta pasarle el corazón” y al sacarlo era como si le llevase “tras sí las entrañas, dejándola abrasada en amor”: T78. Era tal el dolor y la suavidad que “no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios”. Y, así: *Y aunque la herida es mortal/...Es muerte que causa vida... Cómo sana cuando hiere/ Y se ve con él unida* (V: 29,11-12): T78. Es ella un alma herida de amor que todo cuanto sufre le “parece nada”, aún las más rigurosas penitencias: T 79. El demonio la solía molestar y amenazarle, con tomarla en sus manos, pero ella con la cruz y agua bendita lo espantaba y quedaba tranquila aunque “cansada”, como apaleada, pero también recibía consolación “con un deleite interior, que toda el alma me conforta”: T81. También se compadecía mucho de los pecadores y con sus cartas, salidas “de un pecho abrasado del amor divino”, ablandaba “los corazones más rebeldes y empedernidos”. Ella se ponía en su lugar y

el diablo se vengaba en ella de modo “que pasó un mes de indecibles tormentos”. El diablo no le quería dejar terminar los rezos, pero ella perseveraba y salían las “almas del purgatorio”, pues sin la licencia del Señor nada puede hacer. Y, donde el demonio ponía maldad, Dios ponía su luz salvadora. Por eso, dice S. Agustín que los demonios son como perros atados, que sólo muerden a los que se les acercan: T83-4. A veces, parece que Dios nos abandona, pero no es así.

Cuando la Madre andaba, en pena y en contento espiritual, sin poderlo entender bien, pasó por Ávila S. Pedro de Alcántara, en 1560, portento de penitencia, y lo supo Dña. Guiomar de Ulloa, mujer de confidencias de la Santa con permiso de su confesor. Ella consiguió licencia del Provincial para que fuese 8 días a su casa para “tratar el negocio de sus alma con Fr. Pedro”: T85. La Santa se abrió del todo a Fr. Pedro que sabía “por experiencia cuanto la Santa le comunicaba”, y este le dijo que no tuviese pena “que era espíritu bueno” y “alabase mucho a Dios” y le hizo saber que había padecido “uno de los mayores trabajos del mundo, cual era contradicción de buenos”, y que él hablaría “a las personas principales que habían tomado parte en el negocio” para convencerles “ser espíritu de Dios, y no del demonio”: T 86. “Nunca oyó Teresa maestro que mejor la entendiese” ni diese instrucciones más provechosas en su vida. Así, fue cambiando Salcedo de parecer. Pero, aún tenía intranquilidad y “experimentaba congoja y tormento inexplicables” pues ni rezar ni leer podía y se ocupaba en obras externas para hacer “algo de provecho”. Y, así, está el alma, como “dejada de la mano de Dios”, con el entendimiento ofuscado y parece sin voluntad para “obrar el bien” que no se cree si no se experimenta. Por tanto, no hay que engañarse, dice el P. Moral, ni dejar todo para el final, pues algunos no se preparan para el “juicio de Dios”: T87-8.

Dios atrae a Teresa con los lazos de su amor, pero también con los “trabajos de la cruz” de Cristo y grandes penas. Estando un día en oración le parecía a la Santa estar “metida en el infierno”, a manera de un horno, y lleno de sabandijas asquerosas, que ningún dolor que había padecido la Santa en este mundo se le parecía: T90. Y, como ahogándose el alma despedazada y en tormentos de desesperación y terribles dolores, donde todo ahoga y angustia, como si ella misma lo estuviese padeciendo y, todo lo dicho, “no es nada con esta pena”:

El quemarse acá no es nada con el fuego de allá, y lo de aquí parece que “nos quejamos sin propósito”. Así, dio gracias a Dios que le libró “de males tan perpetuos y terribles” e hizo voto “obligándose a obrar lo que fuere más perfecto en todos los casos particulares de su vida”: T 91-92. Los espirituales aconsejan pensarlo bien, mirar las “fuerzas del amor” y asesorarse con grandes espirituales, y “espere de Dios impulso especialísimo” y repetido, porque “sin esto a gran peligro se expone”: T92. Así, lo cumplió de 1560 a 1565 en que le P. García de Toledo le sugirió que pidiese al P. Provincial la anulación del voto por los muchos “escrúpulos y dudas que se ofrecían”. Luego quedó en concretarlo con el confesor siguiendo su parecer: T93.

1.5. Primeros pasos para la Reforma del Carmelo, sus avatares, y S. Pedro de Alcántara

Le pérdida de muchas almas y el luteranismo le llevaban a grandes sacrificios a la Santa, y para conseguir tanto bien veía lo más acertado la oración y guardar “la Regla con la mayor perfección posible”: T93. Entonces, no se guardaba “clausura rigurosa” en la Encarnación y había mucha comunicación con seglares con falta “de sosiego y recogimiento” en la oración con el “Divino Esposo”: T94. María de Ocampo, sobrina seglar de la Santa, sugiere seguir el modo de las Franciscas Descalzas, y ofrece “mil ducados de su legítima” para comenzar la obra. También lo apoyó Dña. Guiomar. Al terminar de comulgar, su Majestad le ordenó a la Santa procurar “con todas sus fuerzas la fundación que meditaba”, que se llamaría S. José y haría el monasterio, y sería guardado por la Virgen y su Esposo. Que lo hiciese saber al confesor, y que no se opusiese “ni se lo estorbase”: T 95-96. Pero a la Santa le surgieron temores de los problemas para hacer el monasterio, y el confesor se desentendió, al verlo muy difícil, diciendo que “lo tratase con su Prelado”. Lo consultó a Fr. Pedro de Alcántara que “no dudaba ser del agrado de su Majestad lo que pretendían” y que pusiese “manos a la obra”. Con esto, cobró la Santa “nuevo aliento”: T96. Lo mismo dijo el Provincial amigo de observancia, y Fr. S. Luis Beltrán augurándole gran porvenir a su Orden que en 50 años se extendió por España, “Francia, Italia, Flandes, Polonia, Asia y América”: T97.

Así, la Santa recibe permiso del P. Salazar para su fundación, con la ayuda de Dña. Guiomar y su sobrina, el parecer favorable de los dos santos, y Salcedo y Daza. Al divulgarse la noticia comenzaron las “risas y mofas” de “la gente picaresca”, los prudentes lo tenían por “desatino y atrevimiento de mujeres de poco seso”, y los letrados de dudoso derecho con amenazas a Dña. Guiomar. El P. Ibáñez pidió 8 días para pensarlo, y de la ciudad le decían que no siguiese aquellas “ilusas mujeres”: T99. No obstante, al P. Ibáñez le quedó “muy asentado que se había de hacer, y así se lo dijo a ellas”, y “se diesen prisa para acabarlo luego”, pues se habían “de fiar de Dios, cuya era la obra”. Se oponían muchas monjas y gente, y el Provincial se echó atrás, y entonces la Santa no tuvo más remedio “que echar el pie atrás”: T100. La Santa lo encomendó al Señor que le “animó” y recordó “lo que habían pasado los fundadores de Religiones” y que le quedaban “muchas más persecuciones”, pero que “no temiese, ni por ello se le diese nada”. Ella “quedó consoladísima” y “con indecible tranquilidad del alma”. Eso hace la oración. Ya, decía s. Ignacio que aun, ante “la destrucción de la Compañía”, en un cuarto de oración, quedaría “conforme, resignado, y con paz interior”. Las de la Encarnación le decían que las afrentaba y que “ningún amor mostraba a la casa donde tomó el hábito e hizo su profesión”: T101. Pero, ella “conformábase con la *voluntad* de Dios, y quedábase contenta y muy a su placer”: T102. Su confesor le dijo que “todo lo de la fundación era sueño y quimera” y no debía “hablar más acerca del asunto”. Pero, el Señor le dijo que no se *fatigase*, que en nada le había *ofendido* y que se callase “*hasta que fuese tiempo de tornar a ello*”. En ella se “avivó el fuego del amor divino al soplo de la contradicción” mientras los demás pensaban que “andaría corrida y avergonzada”: T102. Le amenazaban con la Inquisición, a sus revelaciones, pero ella confiaba en el Señor para “salir de todos modos con ganancia”: T103. El P. Ibáñez pidió el permiso a Roma para la fundación, y, el nuevo Rector de la Compañía la entendió perfectamente y encargó al P. Baltasar que “la consolara, y no la apretara demasiado”: T103-104. El Señor, les dio nuevas razones a su confesor y al P. Salazar para que la ayudaran y “no la estorbasen”. Ella pidió al P. Baltasar meditar el salmo 94: *Qué magníficas son tus obras Señor, qué profundos tus designios*: T105. Y, él le dijo que procurase acabar el monasterio para que “su Majestad le ayudara”: T106.

1.5.1. *Comienza la fundación de S. José y resucita la Santa a su sobrino Gonzalo*

Así, la Santa le encarga a su cuñado Juan Ovalle comprar una casa y el 10.8.1561 se comenzó la obra. Dña. Guiomar se puso al frente de todo al tomar la obra “trazas de convento”. La Santa seguía todo, con pretexto de visitar a Dña. Juana. Pero, ante las dificultades un día le dijo al Señor que le mandaba cosas imposibles, *siendo mujer sin libertad ni dineros*: T106. Pero, al ver que el Señor “así lo quería, cobraba ánimo, y se resignaba”. Muy apurada por contratar oficiales sin dinero, se le apareció S. José para que ajustara la obra. Al poco tiempo, su hermano Lorenzo le envió todo lo necesario y más: T107. Y, así, se hizo la obra: para 13, sin salir del convento, “fundadas en oración y mortificación”, con “todo trato con Dios y mucho recogimiento”: T108. Así, la casita daba bien para un monasterio donde “resplandeciese la santa pobreza”: T 109. La Santa tiene dos visiones en 1561 en una le dice santa Clara que le ayudaría y en otra la Virgen y S. José la “vistén de blanco”, cuando recordaba los pecados confesados en santo Tomás, como “ya limpia de pecado”. La Virgen le dice que se haría el monasterio donde “servirían mucho al Señor y a ellos dos”. Y, luego, le echa un collar de “oro y piedras” que no tiene comparación con los de acá. Ve a los dos muy de blanco “suave” y se fueron con los ángeles y ella, dice, me quedé que “ni hablar podía, sino casi fuera de mí”: T110. Fue a Misa a santo Tomé y el predicador la emprendió contra las visiones y revelaciones que sólo faltó que le apuntara con el dedo. “Dña. Juana estaba corridísima” y esperando terminase, mientras la Santa escuchaba al predicador como si “dijera las mayores gracias” con más gozo que cuando recibía “lisonjas y alabanzas”: T 111. Mientras las obras del monasterio, a su sobrino Gonzalo le cayó “un gran trozo de pared” dejándolo “yerto y sin señal de vida”. La Santa lo tomó en sus brazos y pidió a Dios que callasen los “lamentos de la madre, y los gemidos de los demás”, y puso su cabeza, junto a la del niño y pidió al Señor y este le oyó, y el niño como si despertara acarició a su tía, que entregó a su madre “*su hijo vivo y sano*”: T112. De mayor Gonzalo le decía a su tía que estaba obligada a alcanzar del Señor que “le llevara al cielo”, porque allí estuviera, si por sus oraciones no le hubiera devuelto a la vida, “cuando la caída de la pared”: T 112. J. Ovalle se enfada con los obreros por la caída de la pared y la Santa

le dice que no se enfade y les pague para que la levanten porque han sido “*muchos demonios, permitiéndolo Dios*”: T 113. Más le preocupaban las habladurías de la ciudad y la Encarnación que podían cambiar al Provincial, pues la Santa no quería oponerse en nada a la obediencia.

Entre tanto, se había pedido el Breve a Roma con obediencia al obispo. Y, así, convenía que la Santa se ausentase de la ciudad. Esto quiso Dios hacer, a la muerte del marido de Dña. Luisa de la Cerda, que temió también por su vida y buscó consuelo en la Santa a su “afligido corazón”. Así, se lo pidió el P. Salazar a la Santa en vísperas de la Navidad de 1561. Ella temió por la fundación pero acudió al Señor que le dijo que para “el negocio del monasterio convenía ausentarse hasta ser venido el Breve”: T115-116. Y, así, partió para Toledo acompañado de J. de Ovalle. Dña. Luisa experimentó gran mejoría y cobró “tiernísimo afecto” a la Santa y la regalaba mucho. Y, ésta pudo ver como el señorío “tiene más cuidados y trabajos” pues ha de comer y vivir “más conforme a su estado, que a su gusto”. Y, dice la Santa que: “del todo aborrecí ser señora”, pues el mundo llama “señores” a quienes me parece que son “esclavos de mil cosas” (V: 34,2-3): T 117. Toda la casa cambió y se volvió más piadosa y limosnara, y, “una doncella que allí se criaba, movida del buen ejemplo de Teresa”, “vino a ser más tarde carmelita descalza”. Algunos familiares de Dña. Luisa, sabían a escondidas de su “altísima contemplación”, y luego al verla tan virtuosa en la vida ordinaria “no se hartaban de admirar su profunda humildad”: T118. Allí en Toledo pidió gran gracia para un religioso Dominico que el Señor le concedió pensando en el gran bien que haría si con sus grandes talentos “se daba del todo a Dios”: T118-119. Así, se lo concedió aunque se sentía “indina” (sic) (V:34,7). Luego conoció a María Jesús que iba a fundar un “monasterio, donde se guardase con todo rigor la regla primitiva”: T120. Esta, le dijo a la Santa que esa Regla del Carmelo “ordenaba que los monasterios fuesen de pobreza”. Los letrados y confesores le decían que eso era desatino, incluso el P. Ibáñez. Pero Pedro de Alcántara que se hospedó, por eso días, en casa de Dña. Luisa le dijo que tomase el “propósito de fundar sin renta”. El mismo Cristo le dijo que era voluntad “de su Padre hiciese el monasterio de pobreza, y que Él ayudaría”: T121. Y, Dios, daría de qué “vivir a quién procurara servirle. Así, quedó deter-

minadísima a fundar sin renta”, como “si poseyera todas las riquezas del mundo”: T121.Y, al fin, el P. Ibáñez mudó de parecer.

Tras medio año con Dña. Luisa le retiró el Provincial ese encargo. Algunas de la Encarnación la querían de Priora, y ella se lo desaconsejaba. Pero, el Señor le dijo que tenía que ir allá, pues que “anhelaba padecer por su amor”, “buena cruz le aguardaba en Ávila”. A pesar de su contrariedad, su confesor le dijo anunciase a la Sra., que “era llegado el momento de su partida”: “quedaron para siempre muy amigas” y le ayudó en la fundación de Malagón: T122. La misma noche de llegar a Ávila, llegó “el Breve de Roma” con “la licencia para la fundación de la manera que estaba pedida”: T123. Así, comprobó una vez más, cuánto “quería su Majestad ayudarme” para hacer “este rincón de Dios” y “morada en que su Majestad se deleita”. El obispo Álvaro de Mendoza, que no residía allí, estaba en Ávila, y Fr. Pedro de Alcántara consiguió “que admitiese la obediencia del monasterio de S. José, fundado en pobreza”. Así que, sólo faltaba a Teresa estar fuera de la Encarnación, y cayó enfermo J. Ovalle, ausente Doña Juana, y salió Teresa asistirle: T123. Pero, pronto se recuperó para poder dejar el monasterio, aun sin terminar del todo, pero dispuesto, aunque todavía le esperaban muchas cruces a la Santa como “yo lo había entendido del Señor” (V: 36, 2): T124.

1.5.2. *La fundación de S. José, el gran alboroto de Ávila, y la defensa del P. Báñez, O.P.*

Teniendo ya el convento, había que “dar comienzo al edificio espiritual de la Reforma Carmelitana”. El Señor le envió 4 doncellas “pobres de bienes temporales, abundaban en los espirituales” y “buenos talentos”, escogidas para “aquel nuevo firmamento de la Descalcez Carmelitana”: T125. Así el 24.8.1562, S. Bartolomé, quedó S. José inaugurado, con primera misa de M. Daza, por comisión del Obispo, que les dio el hábito a “dichas doncellas”. Inundada de alegría Teresa dio gracias al Santísimo, por las vocaciones, y por “la primitiva observancia”, donde Dios había de ser “muy amado y servido”: T126. El demonio le insinuaba que era desobediencia, que el rigor levantaría muchas quejas, y le dio una congoja “como quien está en una agonía de muerte”. Pero, ante el Santísimo, la “luz de la gracia” “reapareció

con nuevo brillo, iluminando el entendimiento de Teresa” para que viera que eran “trazas del demonio, envidioso de su bien”: T127. En la Encarnación se armó gran alboroto y la Prelada le envió un mandamiento “para que a la hora se presentase en su propio monasterio”. Obedeció la Santa y fiada en el Señor, la Virgen y “S. José, a quién ofreció los trabajos que el esperaban”, dejando a las Novicias “hechas un mar de lágrimas”, al ver que se les iba “su maestra y guía”. Ante las monjas, hizo su descargo que aplacó a algunas y “convinieron en llamar al Provincial para que juzgase a Teresa”: T128. El Provincial le echó “terrible reprimenda”. Y, la Madre, sin defenderse, pidió le perdonasen y “castigarán según merecía”. El Provincial, satisfecho del buen espíritu, le prometió licencia para ir a “S. José, cuando estuviesen calmados los ánimos”: T129.

En la ciudad, al principio la recibieron como al Señor, el domingo de Ramos, y todos daban gracias a Dios por el “nuevo monasterio fundado”. Pero, luego “los principales de la ciudad” “comenzaron a sembrar cizaña” como si les fuese la vida en que el monasterio se “viniese por tierra”. El corregidor amenazó las Novicias con “echarlas por la fuerza”, pero el Señor les dio “ánimo más que de mujeres”. Y, el Corregidor convocó una junta “de las personas más calificadas de Ávila”: T130. El Corregidor dijo que el convento sería “una insoportable carga para la ciudad”, que era como quitarles “bienes a los vecinos” y más “queriendo fundar en pobreza: T131. Entonces, todos dijeron que “debía deshacerse la obra de Teresa”, excepto el Provisor y el P. Báñez. Éste dijo que sentía oponerse a tanta gente y al Corregidor, pero que no veía que “el mantenimiento de cuatro pobres monjas haya de poner en tanto aprieto a la ciudad”, sobre todo cuando se mantiene a tantos ganapanes “que sólo sirven al demonio con su mal vivir”: T131. Y, a éstos nadie les destierra. En cambio, se pone gran empeño en destruir “una casa de Dios” de unas pobres mujeres dedicadas “a la oración y penitencia”. Además, Báñez piensa que es más un tema del Obispo, pues “el monasterio se hizo con Breve especial de Roma” y “obediencia al Prelado de la diócesis”: T132. Los de la junta acudieron en queja al Obispo, y la Santa temió por su obra, pero el Señor le dijo: *¿No sabes que soy poderoso? ¿Qué temes?:* T132. Entonces, la Santa tiene una visión en que se ve rodeada de armas para atacarle, pero Cristo le tiende su mano desde el aire de modo que “yo no temía” ni ellos

“me podían hacer daño”. De hecho, no les hizo caso el Obispo pero ellos fueron adelante y éste “apeló al Consejo Real”: T133. Entonces, la Santa se vio indefensa y le pide a Dios que la defienda, y la junta retiró el pleito “con tal que admitiese renta”: T134. Pero, el Señor dijo a Salcedo “*que no hiciese tal*” y S. Pedro de Alcántara le dijo a la Santa que de ninguna manera cambiara “su primer propósito”: T135. El P. Ibáñez consiguió que los principales “dejaran en paz a la Madre Teresa con su monasterio de S. José, fundado sin renta”, y, que el Provincial le permitiese volver con sus Novicias y llevar otras 4 monjas, pues el P. Ibáñez le dijo: *mire Padre, que resistimos al Espíritu Santo*: T135. De la Encarnación se llevó: “una esterilla, un cilicio de cadenilla y unas disciplinas” y en la Soterraña se “puso las sandalias de la descalcez”: T136. Al entrar en S. José se postró ante Jesús Sacramentado que le ciñó una corona, por “lo que había hecho por su Madre Santísima”, y las Novicias al verla “no sabían cómo mostrar su agradecimiento a Dios, autor de tantas maravillas”: T136.

Luego, nombró Priora a Ana de Jesús, pero ni el Obispo ni el Provincial lo aceptaron y la obligaron a que “aceptara el cargo” para que “asentase bien los fundamentos de la observancia religiosa” y “la Reforma Carmelitana”: T137. Fue desapareciendo la enemistad del pueblo, entraron hasta 13 monjas, entre ellas María de Ocampo, que con su dote perfeccionó el monasterio, y una sobrina de la Santa que provocó admiración al vestir “la pobre y humilde jerga”. Era una comunidad llena de las virtudes religiosas, y el Señor las socorría sin que pidieran, pero en la dificultad mostraban gran “resignación y confianza”, y la Virgen las cubrió con su manto: T138. La Santa hacía de todo: cocinera, enfermera, barrendera, fregona y limpiaba lo más inmundo, haciendo todo “por amor de Dios” como mejor oración. Y, como trabajo, “compañero inseparable de la pobreza, escogió la rueca”: T139. Hilaba incluso en el locutorio, excepto cuando venía el Obispo. Agradecía que “la notasen sus faltas” y pensaba que nuestra bandera y “armas, decía son la santa pobreza”: T140.

Procuraba conocer bien a sus hijas para orientarlas, y enseñarles bien los oficios. También las alegraba con su célebre buen humor, especialmente en los días más pesados, y con canciones apropiadas a suscitar el “amor de Dios”: T140. También las ejercitaba, especialmente en la obediencia, con prácticas que hoy nos resultan un poco

extrañas, por eso, el P. Moral nos advierte que no lo haría la Santa sin estar muy segura que “ningún daño” pudiera ocasionar: T141. Notar que el tema de las sangrías es muy famoso y vulgar, en ciertas épocas, y el P. Isla lo criticó muy duramente. Por lo demás, cuando les faltó buena comida, como un día del Corpus, lo vivieron con gran alegría comiendo sólo pan: T142. Lo mismo pasó con un caño abundante de agua, donde no se esperaba la hubiera, o dos perdices en el torno para regalar a la Santa enferma: T143. Y, el Señor les ha dado mucha felicidad y contento con esta austeridad, considerándose indignas de vivir aquí, y les da fortaleza para llevar la penitencia a cada una con su edad: T144. Durante los 5 años que la Santa estuvo en S. José recibió grandes mercedes en humildad, desprendimiento, confianza en Dios y fuerza de voluntad, también con vistas a los futuros trabajos de las fundaciones: T145. Así, el celo por las almas, “la grandísima hermosura” de Cristo, que le dio mucho desprendimiento del apego excesivo a algunas personas, de modo que sólo Cristo ocupaba su memoria y nadie más me la podía ya ocupar: T146. Con este “trato tan amistoso, aumentó-se el amor y la confianza” muy distintas de las “amistades postizas” de los señores de la tierra: T147. Recibió también favor de experiencia del Espíritu Santo en Pentecostés en figura de paloma “con gran gozo interior” y “subido amor de Dios”: T149. Muchas veces la humanidad de Cristo le encendió en amor del Padre que aniquiló los vanos deseos y le llenó de su sabiduría: T151. Y, además, también vio que recibían grandes mercedes el P. Ibáñez y el P. Salazar y los de la Compañía, por su colaboración: T150. Otra Orden, en los tiempos futuros “florecerá” y “habrá muchos mártires” en lucha con los herejes. Por lo demás, Dios siempre le enseñaba que: *todo es mentira lo que no es agradable a mí* y cumplir la Escritura: T152. Y, la divina verdad que enseña “la vanidad de este mundo” y la hace entender mejor “que si muchos letrados me lo hubieran enseñado”. Y, hacer ver que el alma en gracia es espejo de Cristo y sin ella es un espejo quebrado: T153. Y, así, Él ocupa el centro de nuestra vida, cosa que “ya había enseñado mi P. S. Agustín cuando dijo, que Dios está más interiormente en los corazones, que nuestros mismos corazones”: T154. Luego, ve demonios junto a un sacerdote que celebra en pecado, pero Él lo acepta “y todo para bien mío y de todos”. En otra visión los demonios se llevan y juegan, en su sepultura, con uno que murió “sin confesión”: T155.

También ve la Santa que muy pocos dejan “de pasar por el purgatorio”. Pero, de sacar el Señor muchas almas del pecado y del purgatorio y otras mercedes me ha hecho tantas el Señor que contarlas “sería cansarme, y cansar a quien lo leyese”: T156.

1.5.3. *Comienza el camino de la Reforma del Carmelo y sus Fundaciones*

El Señor, “celoso de su honra”, elige siempre instrumentos “débiles” para que se vea que todo es obra de Dios y de su amor omnipotente: T157. Así, vemos a la Santa “enfermiza”, rodeada de dificultades, que funda 16 monasterios y deja asentada “la reforma de una esclarecida Orden”. La vemos salir de su “amado retiro”, “guiada por Dios”, para extender las aguas de la vida “por el dilatado campo de la Iglesia” para que “fertilicen muchos corazones y den fruto de la vida eterna”: T158. La Madre “no se hartaba de dar gracias a Dios” por “sus hijas, despreciadoras del mundo y de sí mismas, y ávidas únicamente del cielo donde tenían fijos su corazón y su esperanza”: T159. Entonces, las visitó Alonso de Maldonado, franciscano misionero en América, que les habló de “las innumerables almas” que allí se perdían “por falta de operarios evangélicos”. A la Santa se le rompía el corazón ante tanta perdición y tenía “gran envidia”, de los que allí predicaban aunque “pasasen mil muertes”, mucho más que de los mártires: T160. En esto, el General Carmelita vino a Castilla y Ávila, y la santa temió por su obra. Pero, el P. Rubeo las visitó y quedó muy edificado “del rigor y la observancia que guardaban” y prendado de la Madre, de su “candor y llaneza”, de “los secretos de su espíritu” y la fundación de “aquel pequeño monasterio”: T 161. Se alegró de ver renovado “el fervor primitivo de la Orden” y “dio patente a la Santa para que fundase cuantos monasterios de monjas pudiera” de modo que vio cumplidas las palabras que le había dicho el Señor: *espera un poco y verás grandes cosas*: T162. El Reverendísimo gustaba de visitar a Teresa y “tratar de cosas espirituales” y, en este fervor, la Santa le comunicó la gran conveniencia de “introducir en los religiosos carmelitas la reforma”. El P. Rubeo conocía las dificultades y no accedió a la petición a pesar del interés del Obispo, pero le dio “esperanzas para más adelante, de lo que no se alegró poco la Santa”: T162. El Padre visitó al Rey que le encargó que la Madre Teresa le “tuviese presente en sus oraciones” “a él y a sus reinos”. Felipe II prudente y

sabio, consciente de las dificultades, buscó apoyo “en las oraciones de los Santos”: T163. Lo mismo pedía a Alonso de Orozco de rodillas, y nunca aceptó “echar a los santos de su corte”. Y el P. Cámara le alaba por este amor, a los Santos, a pesar de las calumnias. El P. General da a la Santa licencia para fundar en “toda Castilla: Nueva y Vieja” y “sea obligada a vivir ella y las monjas que fueren según la primera regla y nuestras constituciones” (16.5.1567). La Santa, luego, le pidió para fundar “religiosos Carmelitas de la primitiva observancia”, a lo que el P. Rubeo accedió y dio instrucciones al Provincial de Castilla y al P. Salazar para poner, en esas casas, “Prior y frailes que querrán vivir en toda reformation, y aventajarse en la perfección de la vida regular carmelitana...Valencia 14.8.1567”: T164-5.

1.5.4. *La fundación de Medina, Malagón, y el fraile y medio de la Reforma Carmelitana*

La Santa piensa la segunda fundación en Medina del Campo, gran población de Castilla entonces, “por su piedad y nobleza, y famosas ferias”. Lugar favorable por ser “rica y de mucha devoción”, y “cerca de Ávila” con “PP. de la Compañía de Jesús”, como su antiguo confesor el P. Baltasar: T166-7. También le ayuda el P. Heredia, prior de Santa Ana, y el P. Julián de Ávila, que compra una casa sin tener para pagarla: T167. Así, va a fundar a Medina con algunas religiosas de S. José y de la Encarnación: T168. Aquí, también, con la oposición de muchos, de dentro y de fuera, y con la vuelta atrás del vendedor de la casa: T169. El P. Báñez le prometió alcanzar el consentimiento de los Agustinos, pero una compra del P. Heredia lo hizo innecesario. El Obispo les ofrece su carruaje en Olmedo: T170. Así, llegan a media noche a los Carmelitas de Medina y van a la casa de M. Herrera, donde pensaban posar, llevando las cosas para celebrar el día siguiente. Dice, graciosamente, Julián de Ávila, que “todos íbamos cargados que parecíamos gitanos, que habíamos robado alguna iglesia”: T171. “Era aquella hora el encerrar de los toros” y llegaron sin mayor problema. Todos ayudaban y el notario dio fe “para que nadie fuera osado de contradecirlo, ni estorbarlo”: T172. Y, así, el P. Heredia pudo decir la primera misa con asombro de todos y la alegría de la Santa, que dedicó el convento a S. José, pero se entristeció mucho y se turbó al ver lo mal que estaba el lugar donde se colocó el Santísimo e intentó buscar

otra casa: T173. Entre tanto, velaban el Santísimo dos hombres, pero ella también hacía “compañía al Esposo de su alma” y cuando descansaba “el corazón entregaba a su dueño y amado”: T175. Un rico comerciante, Blas de Medina, “les cedió una de sus buenas habitaciones de su casa”, donde organizaron su vida, hasta que se arreglase la que debía ser monasterio. Dña. Elena Quiroga también le socorrió para el arreglo de capilla de la casa: T175. Y, una hija suya también se unió allí, a las religiosas, y luego la siguió la madre Y, así, al cabo de meses el P. Heredia pudo terminar casi la obra: T176. Seguían todas muy buena observancia, con mucha obediencia y humildad, pues la Santa, si querían quitarle de fregar les decía: *hijas...déjenme trabajar en la casa del Señor*: T177. Así, vivían la observancia de S. José “con una misma regla y constituciones”, y comenzó el Señor a llamar algunas, de manera que “yo estaba espantada”, pues el Señor “no parece aguarda más a ser querido, para querer”: T178.

Mientras tanto, la Santa no olvidaba “la reforma de los Descalzos” que ocupaba un “lugar preferente en su corazón”: T179. Y, se fijó “en el celo y buena voluntad” del P. Heredia, al que la Santa expuso el permiso del P. General, y el Padre le prometió ser de los primeros que “abrazaran la reforma”, pues tenía pensado dejar su regla mitigada por los Cartujos que ya le admitían. La Santa le pidió que esperase por la Reforma: T180. Entonces, vino a Medina Fr. Juan de Santo Matía, con sus estudios terminados en Salamanca, que era muy dado a “cosas de virtud” y de penitencia. Quiso hablarle la Santa, pero él no lo acepto sino por consejo del P. Orozco con quien había venido. Ambos se descubrieron como “abrasados en amor de Dios” y Fr. Juan le dijo que tenía pensado irse a los Cartujos. Pero, la Santa le dijo que mayor servicio haría a Dios y la Virgen “con solo seguir la Reforma” y ella pensó que “Fr. Juan habría de ser el primero que se descalzase y diese comienzo a la Reforma”: T181. Y, así, se rindió él “a las persuasivas razones de la Santa”, y ella se llenó de alegría, pues le parecía “ver ya la cosa hecha”. El P. Heredia también adelantaba, y la Madre esperaba que Señor les diese casa “que fuese la cuna de la suspirada Descalcez”: T182. Un hermano de D. Álvaro lo ofrece a la Santa un lugar “en las afueras de Valladolid”, pero Dña. Leonor Mascareñas, aya de Felipe II, le pide que vaya a Alcalá para establecer allí “el buen gobierno de que carecía”: T182. Dña. Luisa

de la Cerda quería que fundase en Malagón. Así, la Santa tuvo que dar largas al hermano de D. Álvaro. La hermana de éste, tenía un viaje a Úbeda y viajó con la Santa a Malagón pasando por Madrid y Alcalá. Estuvieron en el Palacio de Dña. Leonor Mascareñas, y vinieron muchas amigas a ver a Teresa, pero ella suscitó conversación ordinaria diciendo: *Qué buenas calles tiene Madrid*. Unas vieron allí su prudencia y otras una “santidad poco común”: T183. Visitó, a instancias de la hermana del Rey, Dña. Juana, a las Franciscanas Descalzas. Estuvo con ellas 15 días, la Abadesa, hermana de Francisco de Borja, admirada de su santidad y virtudes dijo: “Bendito sea Dios que nos ha dejado ver una santa” que “todos podemos imitar”, “habla, duerme y come como nosotras”, sin melindres, y tiene espíritu de Dios “sincero y sin ficción, y vive entre nosotras como él vivió”: T184. Luego va a Alcalá donde enmendó el gobierno del monasterio con “discreción y prudencia”, sin tanto rigor que las enfermaba a todas. La Priora le entregó las llaves del convento, y, “con discreción y dulzura”, las guio a la observancia de la Regla “por el camino de la perfección, y a todas dejó contentas”: T184. En Malagón, Dña. Luisa quería la casa de renta. El P. Báñez le dijo que, en lugar pequeño, Trento así lo autoriza, y la Santa quedó tranquila pues quiere que los monasterios sean o “del todo pobres” o que las monjas no tengan que importunar para tener lo necesario (F: 9): T185. En Malagón, fueron recibidas por todo el pueblo y se fundó el monasterio donde dijo la Santa que dejó un lugar para los Franciscanos como ocurrió después: T186. Y, como aquí fundó con renta, el Señor le dijo que *en lugares pequeños, fuesen como ésta*: T187. La Santa enferma, pero se repone poco a poco, y, por Dña. Luisa, consigue que S. Juan de Ávila revise el *Libro de la Vida*, que ya han visto y aprobado Báñez y otros, y “él ha gana de verlo, y le leerá en pudiendo”: T188. El 12.9.1568, le envió su dictamen y consejo: “Vuestra merced siga su camino; más siempre con recelo de ladrones, y preguntando por el camino derecho; y dé gracias a nuestro Señor que le ha dado su amor y el propio conocimiento; y amor de penitencia y de cruz; y de estotras cosas no haga mucho caso, aunque tampoco las desprecie, pues hay señales que muy muchas son de parte de nuestro Señor, y las que no son, con pedir consejo, no le dañarán”: T189.

1.5.5. *La fundación de Valladolid y los Carmelitas Reformados de Duruelo*

El hermano de D. Álvaro, D. Bernardino, que lo ofreció casa y huerta a la Santa, al sur de Valladolid, murió en Úbeda, sin que ella pudiera fundar su monasterio. Recibió revelación la Santa de que estaba en el purgatorio y quiso mirar por aquel caballero, pues no saldría “de pena hasta dicha la primera misa”: T191. Pero, un caballero de Ávila le ofreció a la Santa, para su Reforma, “una casa que poseía en Duruelo” y que caía en el camino de su viaje a Medina y Valladolid: T191. Así, yendo con Julián de Ávila y otra monja, erraron el camino y llegaron “poco antes del anochecer”, vieron la casa que no era nada buena y la religiosa la desaconsejaba para hacer convento, pero J. de Ávila no quiso contradecir a la Santa: T192. Fueron a pasar la noche en la iglesia con gran cansancio. Y, envió a Julián a D. Álvaro para que negociar los permisos de fundación. La Santa habló con el P. Heredia que se mostró dispuesto a todo, por la Reforma, a pesar de la pobreza de Duruelo. De Fr. Juan no hay que hablar “porque en padecer por Cristo tenía todas sus delicias”: T193. El Señor le avisó que D. Bernardino padecía mucho y la Santa se puso camino de Valladolid, con Fr. Juan de la Cruz y algunas monjas, donde llegó el 10.8.1568., día de S. Lorenzo, oyendo misa en las Carmelitas Calzadas. El lugar ofrecido era bueno, y la huerta deliciosa, pero “mal sana” por “inmediata al caudaloso Pisuega”: T194. Con todo, hizo alguna obra y dijeron la primera Misa y el Señor le reveló al caballero “con rostro resplandeciente y alegre”, camino del cielo, lo que le produjo a ella gran alegría porque así premia el Señor “la bajeza de nuestras obras, y las hace grandes”: T195. Y, así, vemos el gran valor de la limosna que la gracia divina premia haciendo al hombre “digno de su amistad y gracia”: T196. El P. Moral ensalza aquí las donaciones religiosas por aquello de “¿Qué fuera del mundo sin las oraciones de los justos?”. Pues, los religiosos-as atraen “raudaes de gracias para sus semejantes”: T196. Porque las casas de Religión “son las florestas donde se recrea el Rey de la Gloria” y los tesoros entregados a los pobres “no serán consumidos por la polilla”: T197. En fin, el monasterio fue inaugurado el 15.8.1568. Pero, las enfermedades no se hicieron esperar. Ni Julián se “libró de unas cuartanas”, y la Madre se desvivió por todos, “mientras estuvo en pie”, con “todo alivio y consuelo” a las enfermas, y “no se olvidaba de recrear a las que estaban sanas” ni de estar “con

Dios un rato a solas”: T 197. No pudiendo continuar el convento en lugar tan poco sano, María de Mendoza propone a la Santa cambiar casa y huerta por otra que ella tenía, “de mejores condiciones, más cerca de la ciudad”. Mientras las obras las tuvo en su casa “con mucha caridad”, y el día S. Blas entran al nuevo convento en procesión con “el Obispo de Ávila, la clerecía y comunidades de religiosos, y lo más granado dela ciudad”:T198.

Aquí, en Valladolid, habló la Santa al Provincial, de la fundación de Duruelo, con mucha eficacia, hasta conseguir la licencia necesaria con la ayuda de Dña. María de Mendoza. Y, sin perder tiempo, dispuso que Fr. Juan, buen conocedor de las observancias y forma que “habían de tener los Descalzos, fuese luego a Duruelo, y arreglase la casa de modo que pudieran entrar en ella antes que sobreviniese algún contra-tiempo”: T200. La Santa le da una carta para Salcedo para que favorezca a Fr. Juan porque “aunque es chico+, entiendo es grande en los ojos de Dios”: T200. Le dice que es de gran virtud, sin imperfección, aun cuando ella se ha enojado con él. Heredia aún no le acompaña porque debe presentar su renuncia, pero ya había reunido algunas cosas, como “cinco relojes de arena”, “para tener la horas concertadas”, que hizo mucha gracia a la Santa. Además, como tenían poco dinero no podían “hacer mucho”. Al fin, hizo la renuncia, y cuando llegó al “lugarcillo, le dio un gozo interior muy grande, y le pareció que había acabado ya con el mundo, en dejarlo todo, y meterse en aquella soledad, adonde al uno y al otro no se le hizo la casa mala, sino que les parecía estaban en grandes deleites” (F:14): T201. Allí celebran la primera Misa, hacen sus promesas y cambian sus apellidos a los de Jesús y de la Cruz como la Santa, dieron el hábito a José de Cristo y quedó el P. Heredia de Prior y Fr. Juan de Maestro de Novicios. La Santa los visitó en la cuaresma de 1569 y se gozaba del desprecio de la honra mundana del P. Heredia, y de las muchas cruces que tenían: T202. También de la mucha oración, mortificación, y los que les conocían “no acababan de decir de su santidad, y el gran bien que hacían en aquellos pueblos”. La Santa no se “hartaba de dar gracias a nuestro Señor”, por el bien de la Orden y el servicio de Dios. Y, hasta a unos mercaderes que habían venido con la Santa, “más les agradó aquella pobreza”, que todas sus riquezas: T203. La Santa les pidió que no fueran tan fuertes en sus penitencias, sin que le hicieran

gran caso, mientras ella pedía al Señor: “sea yo *dina* de servir en algo (F: 14)”: T204.

1.5.6. *Las fundaciones de Toledo, Salamanca, Pastrana y Alba de Tormes*

El mercader Martín Ramírez pensaba “hacer una iglesia y fundar algunas capellanías”, y un P. Jesuita le pidió que emplease ese caudal en “fundar un monasterio de Carmelitas Descalzas”: T204. Lo que Martín aceptó y lo puso todo en mano de su hermano, que a su muerte escribió a la Santa para que fundase en Toledo. Por enfermedad, el invierno y otros problemas tardó la Santa en llegar a Toledo, pasando por Medina y Ávila y Madrid: T205-207.

Aquí fue muy bien recibida de la Infanta Dña. Juana y por ella le dio a Felipe II “ciertos avisos escritos”, de modo que quiso verla el Rey, pero “cuando lo quiso ejecutar, ya nuestra Madre había salido para Toledo, a donde llegó el 24.3.1569”, viviendo en casa de Dña. Luisa: T208. Pero, todo lo prometido, por los herederos de Martín, estaba revuelto, y ni el Superior Eclesiástico otorgaba la licencia de fundar. La Santa lo encomendó al Señor y, le habló con gran decisión, a esta autoridad, de modo que “allí mismo, sin salir de la iglesia, concedió a la Santa cuanto deseaba”: T209. Y, estando sin casa y sin dineros, llegó un franciscano devoto de las fundaciones de la Santa que encargó a un extraño joven, “llamado Andrada”, que les ayudase lo que a las compañeras de la Santa les movía a risa. Pero un día vino y dijo: “que ya tenía la casa, que allí traía las llaves, que estaba cerca y que la fuésemos a ver” (F: 15): T210. Quedó la Santa maravillada de las dificultades que tuvieron los ricos, y “este mancebo”, que era “harto pobre, y quiere el Señor que luego la halla”. Así, pronto dejó la casa acomodada, y preparada para poder decir la primera Misa, y, se hizo con Dña. Luisa y sus familiares el 14.5.1569: T211. Pero, hubo que calmar a la dueña de la casa con la promesa de comprarla, y los del Consejo, que no sabían de la licencia, prometieron deshacer el monasterio: T212. Pero D. Pedro Manrique y el P. Barrón, que conocía bien todo, “pudieron aplacar a los que tal decían”. Así, vivieron una gran pobreza, tanto de alimentos como de ropas y otros bienes, pues ni Dña. Luisa ni otras personas notaron la falta. Esto produjo en las monjas “un gran contento y gozo espiritual”. Al darse cuenta la gente,

las socorrieron, pero ellas lo sintieron como “si en ello perdiesen grandes ganancias”: T213. Y, la Madre las vio muy “mustias”, como si les hubieran robado “muchas joyas de oro”, y les preguntó qué pasaba, ellas le respondieron: *Que hemos de haber madre, que ya no parece somos pobres*: T214. Al fin, los herederos se avienen a negociar, y la Madre, a pesar de cierta oposición, “determinó poner bajo el patronato de la familia de Alonso Ramírez la capilla mayor de la iglesia”. Y, con el testamento de Martín R. se compró “una de las buenas casas de Toledo” a donde se trasladaron en 1570: T215. Y, por fin, dejaron esta casa para “acomodarse definitivamente en las de D. Fernando de la Cerda” donde “residió la Santa cuando fue a consolar a Dña. Luisa”. Aquí, hubo religiosas muy virtuosas, de gran obediencia, a las que se apareció el Señor en su muerte, para confortarlas, y una le dijo a la Santa: *¡Oh madre, y qué grandes cosas tengo de ver!* Y, así, murió con gran “quietud y sosiego”: T215-6.

Viviendo en gran consuelo, “que apenas podía comer”, le avisan que le quiere hablar un criado, de la Princesa de Éboli, para llevarla a Pastrana, de parte de sus Señores, “para que allí fundara un monasterio”: T218. No veía la Santa era buen momento, pero no podía dejar de ir. Consultado el Santísimo le dijo que *no dejase de ir* y llevase *la regla y constituciones*: T218. Consultado su confesor, le dijo lo mismo. Pasó por Madrid, por el convento fundado por Dña. Leonor Masca-reñas, gran admiradora de la Santa, “alegró-se de tenerla en la corte”, y le dijo que un ermitaño quería hablarle. Era Mariano de S. Benito, ilustre guerrero de la batalla de S. Quintín, muy apreciado de Felipe II. Acusado falsamente y encarcelado, él mismo defendió a sus acusadores, los perdonó, rescató con su dinero, y resolvió dejar el mundo “para darse del todo a Dios”: T219. Vivió en el desierto del Tardón y vino a ver a la Madre con su compañero Juan Miseria. La Madre hizo ver a Mariano que podía vivir su ideal “con solo abrazar la Religión del Carmelo”: T220. Al leer la Regla, se sintió “movido a abrazarla” y se dirigió a su compañero diciendo: “Hermano Juan, hallado hemos lo que buscábamos”. Y, estando “determinados a seguir hasta la muerte la Regla de los Carmelitas Descalzos, avisaron de ello a la Santa, la cual acabó de entender por qué el Señor le había dicho que llevase consigo la regla y constituciones”: T221. Como Ruiz Gómez tenía cedida a Mariano una ermita en Pastrana que “éste quería convertir en

monasterio de Descalzos”, la Madre envió mensajero “al Provincial y exProvincial, suplicándoles se dignaran admitir esta nueva casa de la Reforma”. Luego salió para Pastrana, con sus dos compañeras, donde fue “bien recibidas de Ruiz Gómez y la Princesa, que impacientes aguardaban”, y le asignaron una pieza del palacio donde pudieran “estar con el conveniente recogimiento”. Tres meses estuvo la Santa en Pastrana, no sin pesadumbres y algunas indiscreciones de la Princesa y su genio impetuoso y voluble: T221. Ésta quiso leer el libro de la *Vida*, “más por curiosidad que por virtud”, de modo que la Santa cedió, pero luego “andaba en manos de las sirvientas de palacio, y era objeto de risa cuanto en él leían de visiones y otras cosas extraordinarias”: T222. También trataron de la fundación con “renta”, pues era una población pobre, pero no se lo aceptaron. De no ser por la casa de Descalzos, la Santa se hubiera vuelto a casa mil veces sin fundar. Al fin, Ruiz Gómez aceptó la renta asignada y quedó fundado el monasterio el 9.7.1569: T223. “A este tiempo Mariano y su compañero llegaron a Pastrana con las requeridas licencias”. También vinieron “algunas monjas de Medina” y el P. B. Nieto que “tenía grandísimo deseos de abrazar la Reforma”: T223. Y luego, recibieron el hábito con gran alegría, y el 13.7 hicieron procesión a la ermita de S. Pedro. Hechas estas fundaciones regresó la Santa a Toledo, de donde envió como “Priora de Pastrana a Isabel de Santo Domingo, con el encargo especial de que llevase cuenta por escrito de cuantas alhajas recibiese de la Princesa, como quien adivinaba lo que más adelante había de suceder”: T223. Con todo, asistirá “a las profesiones de Mariano y su compañero”: T226.

En fin, de vuelta a casa, conoce la Santa que su hermano Lorenzo ha decidido “volver de Indias”, valorando más las almas que las riquezas, dice: “Ahora ¿no ven, escribía a su hermana Doña Juana de Ahumada, qué es lo que Dios obra en Lorencio (sic) de Cepeda? Más me parece que mire la comodidad con que se salven sus hijos, que con que tenga mucha hacienda. No hay contento para mí tan grande, como es que a quien tanto quiero, como a mis hermanos, tienen luz para querer lo mejor” (C: 16):T224-225. En otra carta le dice lo mismo y que espera del Señor “nos juntemos entrambos, para procurar más su honra y gloria” para bien de las almas: T225. El P. Moral insiste aquí, en procurar, a los familiares, los mejores bienes: T225. Quiere

fundar en Salamanca, pero teme por los medios de vida, y trata que sean parte de limosna y parte del propio trabajo, y consigue la licencia del Obispo: T226. Así, emprende el viaje y, como otras muchas veces, encuentra trabajos, fríos, soles, nieves hasta perder el camino, “males y calenturas”, y, aunque tenía poca salud, el “Señor me daba esfuerzo”, y aunque me parecía imposible “su Majestad daba fuerzas”, al considerar que en la nueva casa “se había de alabar al Señor, y haber Santísimo Sacramento” (F: 18): T227. Si no había coches o literas, “iban en carros muy bien cubiertos”, con reloj y campanillas, rezaban a las horas y la Santa daba a los mozos “algo más de comer” por estar callados. En las posadas, “se encerraban ellas solas” y “ponía una portera que tomase los recaudos de comer”. La Santa se levantaba la primera y se acostaba la última, siempre llevaba “quien confesase y dijese Misa”. Llevaba agua bendita y un niño Jesús, hacía oración y la presencia de Dios, y se sentía en la dulce compañía de “las tres divinas personas”: T228. Hablaba para procurar alegría a quienes iban con ella, consolarlas y entretenerlas mucho, de modo que “gustaban más de oírla” que sus juegos y placeres: T229. En fin, volvemos con la Madre a Salamanca, que habla con el dueño de una casa y con un buen señor que consiguen que los estudiantes la desalojen, y con mucho trabajo de la Santa y su compañera consiguen dejar una habitación aseada para que al día siguiente el P. Martín G., Rector de S.J., celebre la primera Misa e inaugure el monasterio de S. José el 1.11.1570: T229. Como la casa era “grande y desbaratada” su compañera tenía mucho miedo de los estudiantes, pero se sosegó algo al ocupar una pieza, pero como sonaban las campanas de noche de ánimas comenzó a decir: si yo me muero, qué haríais sola. Y, entonces la Madre les dijo: “Hermana, de que eso sea, pensaré lo que hacer; ahora déjeme dormir”. Y: “Como habíamos tenido dos noches malas, presto el sueño quitó los miedo” (F: 19): T230-1. Al día siguiente, llegaron monjas de Ávila y Medina, pero con mucha pobreza que socorrieron “las religiosas de Santa Isabel”. La casa era poco saludable y tuvieron mucha enfermedad pero lo llevaron con gran contento, como la Santa al “buscar por el camino de la cruz la felicidad que nunca se acaba”.

Pasados dos meses el contador del duque de Alba y su mujer pidió a la Madre fundar en su villa: T231. La mujer del contador del Duque, Francisco Velázquez, llamada también Teresa, al tercer día de su vida,

y pareciendo muerta, dijo aquello de: *Sí soy cristiana*: T232-233. No tenían hijos y se los pedía a Dios. Entonces, se le apareció S. Andrés y le dijo que debía querer: *Otros hijos*, o sea, fundar monasterio. Nunca más deseó hijos y sí hacer la fundación. Trasladado D. Francisco a Alba con otro cargo, su mujer tuvo una visión que le indicó el terreno del monasterio y así lo compraron junto a su casa “con el fin de dar espacio bastante al futuro convento”: T234. Un franciscano les habló de la Madre y sus fundaciones. Y, al final, D. Francisco y su mujer “se allanaron a dar la renta que era razón”, cediendo también su casa y tomando otra más sencilla: T235. Así el 25.1.1570 se puso el Santísimo y se fundó el monasterio de la Anunciación, el más afortunado de los fundados por la Santa por guardar su “cuerpo virginal” y “su corazón amantísimo”: T236. La Santa volvió a Salamanca, con los “Condes de Monte Rey”, donde curó a “María de Artiaga, mujer del ayo de los hijos de los Condes, atormentada de un terrible tabardillo” del que pensaba morir. La Santa la tocó y así la curó y la mujer gritaba: *estoy buena*: T236. Le pedían que callara, pero gritaba su salud hasta que se vio no ser “frenesí, sino milagrosa realidad”. También curó a una hija pequeña de los Condes. Y, luego, volvió al monasterio a compartir las incomodidades de sus hijas: T137.

Entonces, la Santa, solícita como Marta, vivía la contemplación como María: T238. En la cuaresma del 1571 apenas podía comer, pero el Señor la animaba diciendo: *pésame de lo que padeces, más esto te conviene ahora; yo quiero que mi sangre te aproveche*, pues al comulgar le parecía “tener toda la boca henchida de sangre” y fue una comunión muy fervorosa frente a la crueldad de los judíos, después del gran recibimiento, “y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo”: T239. El día de Pascua, la “novicia Isabel de Jesús, cantó unas coplillas, cuyo estribillo decía así”: *Véante mis ojos, / Dulce Jesús bueno: / Véante mis ojos, / Muérame yo luego*: T240. La Santa enamorada, quedó suspensa y como explica en la Sextas Moradas: ya no sufre el alma estar apartada de “la grandeza de Dios”. Y, así, queda sin libertad para cosa alguna y herida de amor con pena y como un rayo “en lo muy hondo e íntimo del alma”, y yo vi una persona así “que verdaderamente pensé que se moría”: T241. Y, así, queda el “cuerpo muy descoyuntado”, “con grandes dolores”, que en dos o tres días no tiene “fuerza para escribir”. Y, a la mañana siguiente sintió cómo el Señor llevó junto a su Padre

y le dijo: *Ésta que me diste te doy*: T243. Y, después de comulgar se sentó “cabe mí Nuestro Señor, y comenzó-me a consolar con grandes regalos, y díjome: “Mira mis llagas, no estás sin mí; pasa la brevedad de la vida”: T 243. Con estos regalos consolaba el Señor a la Santa, que quería seguir en Salamanca, pero los deudos, de una Novicia de Medina, le hicieron ir allí, al pedir que “a título de la hacienda que esta llevaba, les diese el convento el patronato de la capilla mayor”. Se negó la Madre, a pesar del parecer del Provincial, y la Novicia fue a Salamanca “quedando así remediada la pobreza de esta casa, y en paz y sin compromiso las monjas de Medina”: T244. Al no nombrar Priora de Medina la que quería el Provincial, éste manda a la Santa volver a Ávila. Ella obedece y da cuenta de su vida al P. Pedro Fernández que se admira de su virtud, y decía que la Madre había “mostrado al mundo cómo era posible en mujeres guardar la perfección evangélica”: T245. Así, las monjas de Medina la eligieron Priora, la recibieron con mucha alegría, pero por poco tiempo porque luego fue nombrada Priora de la Encarnación: T246.

1.5.7. *Priora de la Encarnación: nuevos alborotos, paz de la Virgen, y Desposorio Espiritual*

El Señor le animó a presidir a sus Hermanas, y le dijo: *no es tan dificultoso como te parece...no resistas, que es grande mi poder*: T247. Así, aceptó la Santa abrazar esta “pesadísima cruz” y animó a las de Medina a dejarla ir. Y, en S. José, promete guardar la primera Regla, en la Encarnación, con la licencia que tenía del P. General, hasta la muerte: T248. En esta casa eran más de 80 y les faltaban muchos medios materiales dependiendo mucho de fuera, y también lo espiritual iba mal: T249. La Santa, llegó acompañada del P. Provincial y conocida la noticia algunas rechazaron con cólera el nombramiento y hablaron contra la nombrada. Reunidas todas, se dividió la opinión: unas entonaban un *Te Deum* y otras levantaron un tumulto del disgusto, mientras la Madre estaba delante del Santísimo: T250. Entonces, la Santa colocó una imagen de la Virgen en la “silla prioral” y puso en sus manos “las llaves del convento”. Tocaron a capítulo y al entrar en el coro se extrañaron mucho al ver a la Virgen como Presidenta. Y, la Santa les dijo que había aceptado el mandato por obediencia y que sentía no les hubieran dejado elegir a ellas: T251. Les expuso que

venía “para servirlas y regalarlas en todo lo que pudiere”, con la ayuda del Señor, hasta “dar la sangre y la vida”. “Hija soy de esta casa”, y hermana de todas, y no hay para que se “extrañen de quién es tan propia suya”: T252. Vengo de entre Descalzas, pero se gobernar a “las que no los son”. Basta con que queramos lo mejor, pues el Señor toma nuestros deseos por obras. Ante esta plática, hasta las “más díscolas” aceptaron, con la gracia divina, “la obediencia”. Y, vio la Santa que, como le había dicho el Señor, *no era la cosa tan difícil como le parecía*: T252. Así, les aseguró el conveniente sustento, “nunca padecieron semejantes necesidades” ni disculpas para salir a casa de sus padres y otros abusos, como el trato con seglares, y entregaron las llaves a las más virtuosas: T253. La Santa corrigió los abusos, incluso de los grandes y “sus descaminadas pretensiones”, amenazando “con la justicia del Rey”: T254. Y, despertó “el amor a la virtud, y a la observancia”, oración y penitencia, “armonía y caridad”, trayendo de confesores a Fr. Juan de la Cruz y Fr. Germán de Sto. Matías, de modo que ya sólo en el hábito “se diferenciaban de las Descalzas”: T254. Y: “Mi Priora (La Virgen) hace estas maravillas”. La Santa dice que sólo vive para su “regalo”, pero tuvo cuartanas, angina y varias enfermedades, con 3 sangrías, y sólo sale de su rincón para Misa. Pero, entre tanta cruz, tiene una visión de la Virgen que le dice: *Bien acertaste en ponerme aquí, yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi Hijo, y se las presentaré*: T255-6.

El que tuvo el gran amor de tomar “nuestra humana naturaleza” y morir “en afrentosa cruz”, mucho favorece a las almas que “celan su honra y gloria” y aceptarían “mil muertes” antes que faltar su “voluntad”: T257. Por su Encarnación y la Eucaristía Él está siempre con nosotros, pero al alma, “herida de amor”, la renace “cual otro ave fénix a nueva vida”, con los dones de Espíritu Santo, y el “desposorio espiritual”, conocido en Sta. Inés, Sta. Cecilia y otros santos: T258. Y, así, dice nuestra Madre, que se le apareció el Señor le dio su mano derecha para decirle: ya no mirarás ni honra sólo *“como de Rey y tu Señor”, “sino como verdadera esposa mía. Mi honra es la tuya y la tuya es la mía”*: T259. Y, así, estuvo todo el día “muy embebida”. Este desposorio místico es un “éxtasis con enajenamiento completo de los sentidos”, pues sino “desfallecería el natural” y quedaría sin vida. Dice S. Juan de la Cruz que aquí gusta el alma “en esta unión abundancia y ri-

quezas inestimables”, halla descanso y recreación, “entiende secretos e inteligencias de Dios extrañas”, y “siente en Dios un terrible poder y fuerza” y “gusta allí admirable suavidad y deleite del espíritu”: T259. Y, “sobre todo entiende, y goza de inestimable refección de amor, que la confirma en amor”, de modo que puede exclamar: *Que mi Amado es para mí,/ Y, yo soy para mi amado*. Y, es como: “La cena que recrea y enamora” con el “Divino Huésped”, un “matrimonio espiritual que es una transformación en el amado”, en “total posesión” de ambos, como una “consumación en el amor” unidos a Dios: T260.

El alma “endiosada”, unida a Dios en “espíritu y amor”, como dice la Santa en las *Séptimas Moradas*, con las Santísima Trinidad, inflamada en amor: “una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios”: T261. Y, se cumple el Evangelio que vienen las tres “a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos”. Y, así, crece “*en la caridad, en padecer con contento, en sentir esta caridad con el entendimiento del alma*”: T262. Y, las tres personas son “un querer y un poder y un señorío” y “es todo un poder”: T263. Y, así, como dice el Cantar, 22: *Entrado se ha la Esposa/ en el ameno huerto deseado,/ Y a su sabor reposa ,/ El cuello reclinado/ Sobre los dulces brazos del Amado*. Y, así, queda el alma hecha “una cosa con Dios”: T264. Entonces, primero se produce “un olvido de sí”, pues para nada quiere ser sino para “gloria y honra de Dios, luego “un deseo de padecer grande”, sin inquietud, y “un gran gozo interior” y “sin ninguna enemistad”, antes cobra a todos amor: T265. Desea padecer más que morir por aprovechar a otros, pero temor ninguno tienen de la muerte más que “de un suave arrobamiento”: T266. Siempre quiere alabar a Dios “con gran suavidad” estando con Él, sin que haya “sequedad, ni alborotos interiores”, “en quietud casi siempre”, “tan sin ruido todo”, “que sólo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio”: T267. Aquí, encuentra la cierva sus aguas, aquí la paz, la paloma de Noé, aunque en este mundo “siempre se ha de vivir con temor” (M: 7,3): T268. Así, esta la Santa a 10 años de su muerte, metida “En la interior bodega de su Amado” de modo que: *Allí me dio su pecho, /Allí me enseñó ciencia muy sabrosa, /Y yo le di de hecho/A mí, sin dejar cosa, /Allí le prometí de ser su Esposa*. Y, así: *Mi alma se ha empleado,/ Y todo mi caudal en su servicio,/ Ya no guardo ganado,/ Ni ya tengo otro oficio,/ Que ya sólo en amar es mi ejercicio*(Cántico Espiritual,

canción 26-28): T269. Pero, no todos son regalos, pues los más cercanos a Cristo tuvieron “mayores trabajos”: T269.

1.5.8. *Oraciones por el Rey y peticiones de la Santa para la Reforma, casa de Salamanca, fundaciones de Segovia, Beas, Caravaca y Sevilla*

Desde su Priorato de la Encarnación sigue la Santa atendiendo su Reforma Carmelitana. Y, tras ofrecer al Rey sus oraciones le pide que las favorezca, probablemente en los temas de la Reforma. Su salud está ya muy quebrantada, en 1573, pero viaja a Salamanca para la compra de una casa. Julián de Ávila cuenta dos caídas de las caballerías, la pérdida de un jumento con el dinero que llevaban y su encuentro al día siguiente, de modo que ni pudo decir Misa ni almorzar. Al otro día se dividen en dos grupos que también se pierden y costó Dios y ayuda encontrarse. Al fin, la Madre y su compañera aparecen con un labrador que habían ajustado para que les guiase: T274. Llegan a un mesón donde no hay forma de acomodarse y da muchas ganas de salir pronto. Por fin, entran en Salamanca y hacen la compra de la casa. Trataron de acomodarla pero apenas les dejaba la lluvia. Oró al Señor la Santa y se paró en un momento: T275. Así, en S. Miguel se puso el Santísimo Sacramento. Pero, después de 3 años, “no está acabada la compra, ni sé si quedará allí el monasterio” (F: 19). T276. De hecho, no se quedaron allí sino que se trasladaron “junto a S. Esteban”, y en 1614 “pasaron a donde ahora está”: T277. Algunas personas piadosas le pedían que fundase en Segovia, pero el P. P. Fernández no quería aumentar mucho “el número de conventos”: T278. Con todo, el Señor le cambió pronto. Y, así, el 18.3., entró en Segovia con Fr. Juan de la Cruz, y varias monjas. Julián de Ávila lo cuenta así: Hicieron la entrada con la Misa sin avisar al Provisor, que llegó enfurecido echando a todos: T280. Y dijo a Juan de la Cruz que quitasen todo con amenazas de cárcel. Envío un alguacil para que no dejase decir Misa, y quién la dijo era para consumir el Santísimo. Julián se lo cuenta a los Jesuitas que le hablan al Provisor pero no hizo caso alguno. Luego, se hizo la información, que había dado licencia, pero para Misa no para el Santísimo: T281. La Santa hablaba al Provisor con mucha osadía y prudencia. Y, al fin, se acomodaron las religiosas en Segovia aunque “en casa alquilada”: T282. A final de julio de 1573, murió en Madrid el marido de la Princesa de Éboli. Y, ésta pidió hacerse religiosa Car-

melita, sin gran reflexión ni convencimiento, pero su carácter dominante se impuso. Como el hábito no hace al monje aunque lo vistió no la cambió. Los primeros días hizo como cualquier religiosa: T282. Pero pasadas unas semanas exigió servidumbre. La Priora ya había dicho: *¿La princesa monja? Yo doy la casa por desecha*: T283. La Madre escribe preocupada al P. Báñez, y decide “deshacer la fundación de Pastrana”, pues la Princesa abandonó el convento y, como ni lo necesario tenían, lleva las monjas a Segovia, aunque tiene un gran problema al cruzar un río: T283-285. A principio de Semana Santa llegaron a Segovia y las recibió la “Madre con muestras de indecible gozo”, y, aunque tenía cuartanas, oró por su buen viaje: T286. Consuela a una Hermana enferma, con la promesa del cielo, y recibe la vista de S. Alberto y Sto. Domingo que le promete ayudarle: T287. Ellos le avisaron que tuviesen prelados independientes de los Calzados, con Regla y Constituciones, cosa que alcanzó “con “muchas lágrimas y trabajos sin cuento”. Y, no fue fácil asentarse en Segovia aún con el consuelo de Sto. Domingo: T288-289.

En la Encarnación quisieron reelegirla Priora, pero no convenía a la Reforma, y la eligieron Priora de S. José: T290. Tuvo que ir a Valladolid porque Dña. Casilda de Padilla, ya dada en matrimonio, quería hacerse monja. Ella entró en el monasterio y “fuese a abrazar con nuestra Señora, llorando y rogando a la priora no la echase”. Pero su esposo, con una provisión real la sacó del monasterio, pero ella se dio maña de entrar de nuevo para no volver a salir: T292-293. Desde allí, la Santa escribe a D. Teutonio de Braganza, obispo de Évora, al que aconseja paz y tranquilidad, y le dice que no fundará en Zamora, y, por ahora, tampoco en Madrid: T294. En enero de 1575 da el hábito, en Medina del Campo, a una sobrina del Cardenal Quiroga. Luego se dirige a Beas para su fundación, a propuesta de un caballero y su mujer, pues una hija suya se había entregado al Señor, en castidad y pobreza, para hacer nuevo su corazón: T294-295. Su padre se lo impedía, pero murió luego bien preparado, por ella, que sufrió muchas enfermedades. Y, en un sueño recibió señales de llamarle Dios a las “Carmelitas Descalzas, fundadas por la Madre Teresa”. Y, al instante le envió mensajero para viniese a fundar a Beas en su hacienda y la de su hermana: T296. La Madre le dio esperanzas pero la aspirante se puso muy enferma. Y entonces le pidió a Dios que se lo concediese

o le quitase “estos deseos”. Y, el Señor le dijo: “Cree y espera”, que de tantas enfermedades “ese te las podrá sanar”: T297. Y, ella les dijo a sus deudos: o en un mes estaré sana o no seré monja. Casi al tiempo de cumplirse el compromiso no había ni remota esperanza de sanar, y le dio un temblor que parecía de muerte, pero cogió el crucifijo que “dejó a la enferma buena y sana, con gran admiración de los médicos”: T298. Ella misma fue a Madrid a negociar la licencia de la fundación y el mismo Rey se la dio al saber que eran de Carmelitas “por el mucho aprecio que hacía de la Madre Teresa”, y luego preparó la casa para el monasterio: T298. La Santa, con tales buenas nuevas, y aconsejada, de un Dominico, que “era obra de Dios”, partió para Beas, en crudo invierno, pasando por Toledo y Malagón con el P. Ávila y Gaitán: T299. La recibió muy bien, en Almodóvar, una familia que tuvo dos hijos muy especiales como profetizó la Santa: T299. Al cruzar sierra Morena se pierden, pero encuentran el camino por medio de S. José, aunque los carreteros le creen un bienhechor. También pasan milagrosamente el río Guadalimar: T300. En Beas, las espera todo el pueblo, y las llevan a la iglesia y al monasterio, donde las recibe “la heroica Catalina que veía cumplirse sus dilatadas esperanzas”, al ver a la Fundadora y a la “M. Ana de Jesús, que fue la que le dijo: *hija, para aquí os quiero yo*”: T 301. Después, comienzan los pasos para la fundación de Caravaca. No había conventos en la zona y “cuatro doncellas” de “gente principal” querían dejar “la vanidad del mundo” y “vivir retiradas” hasta que se fundase un convento allí. Ya vivían con una señora muy piadosa. Arreglaron las escrituras y los medios económicos necesarios. El Rey dio pronto la licencia pero con condiciones que había que cambiar. En abril de 1575 estaba en Beas J. Gracián: T303. Nacido en “Valladolid en 1545, hijo de Juana Dantisco y D. Diego Gracián Alderete, secretario de Carlos V, y también de Felipe II”⁵: T304. Buen estudiante de Alcalá, devoto de la Virgen y “espíritu fervoroso”, por el que oraron las Carmelitas, de Pastrana, y el 25.3.1572 “tomó el hábito de Carmelita de la Reforma”: T304. En el Noviciado sufrió mucho por “el maestro de novicios, poco experimentado”, pero acudió “al amparo de la Virgen, e hizo su profesión con

5 Para conocer la familia del P. Gracián puede leerse con mucho provecho: E. Llamas Martínez, “Antonio Gracián Dantisco y la Biblioteca de El Escorial en su primera etapa” (1571-1576), *La Ciudad de Dios* 208 (1995) 591-631.

gran alegría”: T305. Hombre de talento muy útil a la Reforma, por su celo y prudencia, el Nuncio le nombró “Comisario Apostólico”: T 305. Aquí le encontró la Santa que enseguida le descubrió como “muy a propósito para el gobierno de su amada Descalcez”, por lo que dio muchas gracias a Dios, pues “perfección con tanta suavidad yo no lo he visto”, dice la Santa. Y: “Julián de Ávila está perdido por él”: T 305. Entonces, la Santa tiene una visión de Jesucristo, “con el P. Gracián a su lado”, “que junta las manos derechas de ambos”, y le dijo: *Que éste quería tomara en su lugar toda la vida, y que entrambos se conformasen en todo, porque así convenía*. Así, la Madre “determinó-se a seguir mientras viviese, el parecer de dicho Padre”: T306. Como un mes después tiene la Santa una inspiración de prometer “obedecer al padre maestro Fr. Jerónimo”, toda mi vida, pero se le hacía más recio que ninguna otra cosa en mi vida excepto “cuando salí de la casa de mi padre para ser monja”: T306. Con todo, el Señor le da confianza: “Y con esto me hiqué de rodillas y prometí hacer cuanto me dijese toda mi vida, por hacer ese servicio al Espíritu Santo”, como no fuese contra Dios y los prelados. Así, queda “confiadísima”, “pensando había quedado libre de mí” y “con mayor libertad”; T 307. Entonces, el P. Gracián le manda ir a fundar a Sevilla y que lo consultara con Dios. A la Santa le pareció mejor ir a Madrid, pero Gracián le dijo que no dejara de ir a Sevilla a lo que ella humildemente obedeció: T307. Gracián le preguntó por qué, y la Santa le dijo: *porque en obedecer no puede haber yerro ni engaño, y en las revelaciones sí*. Luego el Señor le dijo: *Bien hiciste en obedecer, que mejor guiaré yo por ahí los negocios de vuestra Orden*: T308. De camino a Sevilla, al pasar el río, casi se hunde la barca, pero, al fin, tras invocar a Dios, ésta se detuvo en un arenal del río: T 309. La Santa estaba muy enferma, y la posada era muy mala y también la cama, y prefirió levantarse y continuar viaje pues el calor hacía pensar en el infierno y que con la enfermedad todo se lleva peor: T309.

Al entrar en Córdoba la gente se agolpaba a ver el espectáculo de las Carmelitas y sus velos, pero al fin un bueno hombre les condujo a “una capilla, donde pudieron oír misa y comulgar”. Pasan la siesta bajo un puente por el sol y la Madre los entretenía con conversaciones graciosísimas, pues su oración no le impedía “tener un trato santo, amigable y de gran provecho”: T310. Llegan a Sevilla, pero el Obispo dijo al P. Mariano no dar licencia para fundar sin renta, y sólo les

permitió oír Misa, sin poner el Santísimo: T311. No comprendía la Madre que en una ciudad tan grande hubiera que fundar con renta, y la parecía cosa del demonio y el calor, pues ella misma se encuentra muy “pusilánime y cobarde” de modo que “a mí mesma no me conocía” (F:25): T312. Vino a verlas Don Cristóbal de Rojas, y la Madre le habló con tal “libertad, persuasión y eficacia” que no sólo les permitió fundar “sin renta, sino que les proveyó de trigo y dineros, y mostró-les desde entonces mucha gracia”: T312. Les favorecen más personas, pero las vocaciones son escasas. Sólo tomó el hábito una tal Beatriz, a la que dos señoras calumniaron diciendo que quería envenenar a una tía suya que le favorecía. Las dos calumniadoras cogieron una enfermedad que parecía la rabia y se desdijeron. Ella hizo voto de castidad y de ser Carmelita, y los padres intentaron disuadirla con “mil judiadas”: T313. Pero, como en una aparición un religioso le dijo: *Beatriz, Dios te haga fuerte*. Después de 14 años vino un fraile a predicar, con el mismo atuendo, y Beatriz vio que era el P. Gracián. Se confesó con él y le dijo su propósito y el Padre le contestó que pronto lo podría cumplir. Y, yendo a Santa a su ciudad, a instancias del P. Visitador, le dio el hábito. Y, sus padres “comenzaron a favorecer con limosnas la nueva fundación”: T314. La Madre quería dejarlas con casa y ante la dificultad se encomendó al Señor, por medio de la Virgen y S. José. Entonces llegó Lorenzo de América y se ofreció para ayudarla: T314. Pero, hubo problemas al hacer las compra y Lorenzo hubo “de huir y acogerse a sagrado” para no terminar en la cárcel. Al fin, quedó Lorenzo libre y se hizo cargo de “el arreglo de la casa y el sustento de las monjas”, y ahí le dejamos “santamente ocupado”: T315. Después pudo terminar la fundación de Caravaca, con J. de Ávila y A. Gaitán, “a quienes con mucha gracia llamaba los fundadores”. Fueron recibidos “con gran contento del pueblo” y de las dos que hacía “tiempo esperaban el momento deseado. Púsose el Santísimo Sacramento el día 1.1.1576: T316”. Algunos lo lamentaban, sin saber que aunque la vida del religioso es “de privaciones y sacrificios, no trocará por nada del mundo la paz y contento que en su alma experimenta”: T317. En Sevilla entró una nueva religiosa que quería vivir a su manera y como no la dejaban comenzó a decir que “las Carmelitas hacían cosas” de denunciar a la Inquisición” como que se confesaban unas a otras y que las azotaban atadas. Vinieron de la Inquisición al convento, pero

vieron que era falso “cuanto se les atribuía” y “quedaron con mucho crédito en la ciudad”: T317. Y celebraron con gran fiesta, aunque ellas querían lo contrario, la inauguración de la nueva casa con el Arzobispo y el Santísimo y las calles adornadas, e incluso D. Cristóbal pidió la bendición de la Santa con gran confusión de ésta: T318. Todo terminó felizmente, con gran satisfacción de la Santa “que dejaba a las hermanas en casa tan buena”: T319. Luego, se fue con su hermano Lorenzo y su hija hacia Malagón, para hablar, con Dña. Luisa de la Cerda y “procurar casa para sus monjas de Malagón”: T320. Entretanto, el P. Moral nos va a contar los problemas y trabajos, de la Reforma del Carmelo de le 1575 al 1579 que “alcanzaron a nuestra Madre Fundadora”: T 320.

DOMINGO NATAL ÁLVAREZ, OSA